

La aventura del tocador de señoras

Sin maquillaje y despeinada Ivet parecía aún mas joven: a la tenue luz que arrojaba mi lámpara (a media luz) aparentaba tener a lo sumo veinte años, como ocurre con todas las mujeres que aún no los han cumplido y con algunas (muy pocas) a partir de los cuarenta. Estaba pensando estas cosas (y también en los potitos) cuando advertí que Ivet entornaba los párpados.

-Es evidente, por lo que me cuentas –dije-, que han descubierto que fuiste tú y no yo quien se apoderó de la carpeta. Tarde o temprano tenía que pasar. Algo habrá que hacer al respecto, pero no ahora. Los dos estamos cansados y necesitamos dormir. Aquí estarás a salvo, al menos por esta noche. Dadas las dimensiones de la vivienda, sólo dispongo de un camastro muy estrecho y desfondado. En el colchón, las sábanas y la almohada más vale no fijarse. Con todo, sigue siendo el mueble más cómodo para acostarse. Te lo cedo. Yo dormiré en la butaca o en el plato de la ducha.

De ningún modo –repuso Ivet-, no quiero causarte más molestias. Dormiremos los dos en la cama. Es decir, si no tienes inconveniente.

La proposición me dejó como el lector podrá fácilmente imaginar (si le apetece) y también profundamente conurbado. Desde mi más tierna infancia he procurado conducirme con arreglo a los dictados del entendimiento, la compostura y la estricta legalidad. Y si en alguna ocasión (reiterada) he conculcado estas directrices (de mi vida) dejándome llevar por mis impulsos emocionales y cometiendo, por ejemplo, alguna falta contra la propiedad, la honestidad o la integridad física de las personas, las normas civiles o penales, el código de la circulación, la ley de tasas o el orden público, las consecuencias han sido desproporcionadamente negativas para mí, al menos, desde mi punto de vista. En vista de lo cual había propuesto rehuir situaciones como la que acabo de describir. Temía zambullirme de nuevo en un remolino o mar gruesa que hiciera zozobrar la frágil barca de mi existencia y me ocasionara penas del alma, daños del cuerpo y problemas confesionales. A estas consideraciones, por si fueran pocas, se unía el temor a hacer daño sin querer a Ivet, por quien seguía sintiendo la misma atracción del primer instante, pero por quien ahora, por añadidura, iba sintiendo una ternura que no auguraba nada bueno. Todo esto por no hablar del temor al gatillazo. Sin embargo, y como Ivet, mientras yo perdía el tiempo en reflexiones, ya se había puesto en paños menores, opté por dejar aquellas por el momento y no desaprovechar la única ocasión de mojar que el destino había tenido a bien brindarme en lo que iba de quinquenio.

Mas cuando me aprestaba a desvestirme, se puso a sonar el timbre del interfono con una persistencia que no admitía desaire.

-Será una equivocación –dije para tranquilizar a Ivet-. La aclararé y en un santiamén volveremos a lo nuestro.

Descolgué el auricular del interfono y pregunté:

-¿Quién?

-La policía –respondió una voz de trueno. Abre ahora mismo o echamos abajo la puerta y la escalera.

Eduardo Mendoza

COMENTARIO.

Asunto y tema: No hace falta ser lector muy avisado ni experto para reconocer que estamos ante un trozo de género negro, ese subgénero narrativo con protagonista en un detective que opera en el mundo de los bajos fondos. La situación de chica desvalida que busca el amparo del detective mientras es buscada por la policía la hemos visto repetida en novela y en cine como para saber qué va a pasar –que no es lo al género negro le interesa-, sino qué tipo de verdad acabaremos por encontrar. O dicho de otra forma no esperamos desenlace romántico y de happy end en la situación descrita, sabemos que no hay finales felices, sino que esperamos saber cómo se ha de estropear todo.

Si hemos de delimitar tema en tan poco asunto, sin duda prima el erótico. En dos ocasiones el texto se abre a introspección psicológica del protagonista que refiere la belleza y juventud de la damita y en otra confiesa unos sentimientos relacionados con la ternura que marcan la relación interpersonal descrita en este momento.

Análisis contenido. La trama muy simple y ya descrita: la chica que quiso traicionar al investigador (han descubierto que fuiste tú) y, al no conseguirlo, busca su cooperación de otra forma. En uno y otro caso, la policía es el antagonista a quien se pretende engañar o vencer. Los personajes dos, la pareja sexual. Y la relación que se establezca estará siempre marcada por la relación erótica de dominación. Lo que desde época medieval era juego de alejamiento que rebajaba al amante por la inaccesibilidad de la amada, siguió desde fines del XIX con el juego de la mujer fatal que fagocita al macho con el señuelo de la sexualidad. En la novela negra el tema de la vampiresa aparece periódicamente como contrapunto a los momentos de violencia física. El ambiente de baja estofa como también corresponde al género creado por Dashiell Hammett y Raymond Chandler, donde las camas son camastro y los baños, plato de ducha en función del tamaño de la vivienda. La escasez de luz queda también explícitamente destacada. Y el narrador, una primera persona que refiere los diálogos y los movimientos consintiendo el conductismo de los personajes. Su parcial punto de vista le impide interpretar de forma absoluta e imparcial los pensamientos y acciones de los restantes personajes de la narración. También cabría hablar de narrador equiescente, puesto en lugar del protagonista (sabe lo mismo que él), pero más proclive a manifestarse con sinceridad de lo que al protagonista le suceda o piense: «en lo que iba de quinquenio». En otros casos la discrepancia narrador / personaje en la equiescencia queda destacada de alguna forma: «aquella misma tarde, de regreso a su casa después de haberse entrevistado conmigo en el bar y de haber paseado de mi brazo (en mi engañoso recuerdo, amartelada), no había ocurrido nada.»

Estructura. Tiempo lineal, pero dando entrada al tempo lento del discurrir de la conciencia. Inicio en reposo, en imagen fuera de escena, para referir la visible juventud de Ivet. Diálogo breve al que pone acción la frase «dormiremos los dos en la cama». Pensamiento del protagonista interrumpido por la llamada de la policía.

Texto y Época. La postmodernidad proporciona este tipo de antihéroes: antirománticos, pero tiernos; y hombres de acción cargados de dudas, ironía y humanidad. El texto es paródico y en lo que de parodia tiene apunta la lección permanente del Quijote. Este protagonista, que se supone asaeteado por los galanteos de una dama, que se arma ideológicamente contra la licitud de acceder a sus pretensiones y que, al fin, debe resignarse a esperar otra ocasión porque la realidad trunca sus esperanzas es paradigma quijotesco, independizado de un Sancho a quien ha asumido en su propio discurso formulando él mismo la antítesis: temor al gatillazo, única ocasión de mojar...

El estilo postmoderno es retóricamente cuidadoso. Abundan los términos sinónimos para buscar un ritmo binario: sin maquillaje y despeinada / estamos cansados y necesitamos dormir / muy estrecho y desfondado / en la butaca o en el plato / remolino o mar gruesa... En otros casos más señalados se apuesta por el ritmo trimembre porque se busca una gradación en lo expresado: dictados del entendimiento, la compostura y la estricta legalidad / penas del alma, daños del cuerpo y problemas confesionales. En el haber de la parodia debe consignarse la corta alegoría “mar gruesa que hiciera zozobrar la frágil barca de mi existencia”, muy de gusto del idiolecto del moralista católico.

Por fin hemos de considerar la aparición, en forma de mención hecha por el narrador protagonista, del lector. No es frecuente que el lector aparezca interpelado en una novela. ¿Quién lo hace? ¿Es consciente el protagonista de la alienación que para su vida supone mentar al lector? Si se sabe leído, se sabe producto de la fantasía de un literato; tan sólo el autor de una obra puede apelar a la complicidad del lector en pie de igualdad. Esa mención nuestra supone en primer lugar la aceptación de que lo leído es algo pensado y no sucedido, es arte y no vida. En segundo lugar se nos invita a reconstruir ese arte, a ser coartífices con el autor. Si añadimos algo más diremos que Mendoza no sólo nos invita al proceso de creación, sino también al proceso de vivir una vida ajena, incorporándonos al personaje novelesco: «ponte en su lugar» -nos dice Mendoza con un guiño pícaro. El teatro dentro del teatro, el personaje cinematográfico que sale de la pantalla o el real que entra en ella, son invitaciones del arte del siglo XX a desbloquear la dicotomía realidad y ficción porque la ficción forma parte de lo real. Esta parece la característica más relevante del texto propuesto.